CARTAS BORNESAS

Un inédito de T. Trueba y Cosío

Al estudiar el desarrollo del movimiento romántico en España, aparece entre sus más tempranos representantes don Telesforo Trueba y Cosío. Figura literaria de importancia, todavía no ha sido objeto de estudio detallado [1]. *Como recordaremos, su interés principal radica en ser de los primeros que dio a conocer los temas españoles en Inglaterra.*

Menéndez Pelayo, que dedicó al santanderino Trueba uno de sus primeros trabajos, le llama «padre de la novela histórica entre nosotros» y le tiene por el primer escritor español convertido al credo romántico [2]. *Con las presentes páginas ve la luz una obra inédita de Trueba, tan notable por su interés histórico como por añadir algunos datos nuevos a los escasos que se conocen sobre la vida del romántico montañés.*

En la Biblioteca Nacional de Madrid, bajo la signatura MS 7194, *se conserva un cuaderno en cuarto mayor, sin rayar, adquirido en «Cádiz en la librería de Moreno Surita, calle de la Carne, junto a la de San Francisco, y se encuaderna de todas clases», según reza una etiqueta en el interior. En la tapa, dice «No. 7 / Pa-*

---

[1] Hay que destacar el excelente libro del Profesor Vicente Lloréns, *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, Madrid, 1968, donde en repetidas ocasiones se ocupa de Trueba. Lloréns menciona referencias inglesas de la época, no vistas antes por nadie.

[2] Marcelino Menéndez Pelayo, *Estudios críticos sobre escritores montañeses. Don Telesforo Trueba y Cosío, Obras Completas*, Vol. XI (Santander, 1941), pp. 87-183. Respecto a la aparición de la novela histórica en España, Cf.: Vicente Lloréns, «Sobre una novela histórica: *Ramiro, Conde de Lucena*», *Revista Hispánica Moderna*, XXXI (1965), 286-293 *(Homenaje a Angel del Río)*.

peles varios / de / Telesforo de Trueba y Cosio / Cartas Bornesas &c/»; y en la contraportada: «Cartas Bornesas / Por T. de T. y C. [sic] / Septiembre 7, 1824». Este cuaderno contiene diez y seis cartas literarias, que ocupan las setenta y cinco primeras páginas, en donde se recogen las impresiones de una forzada estancia en Bornos, provincia de Cádiz, y un borrador de la comedia Casarse por 50.000 duros, *amén de algunas cuentas de índole privada* [3].

Menéndez Pelayo afirma que «Trueba y Cosío emigró a Inglaterra en 1823, a consecuencia de la caída del sistema constitucio-

---

[3] En la página 94 del cuaderno hay la siguiente lista de obras francesas: *L'École des viellards, Le Maçon, Leocadie, Le mari a bonnes fortunnes, Cardillac, La neige friesque, Jocko, Robin des Bois, Le Sacrifice, Les femmes romantiques, La Haine, Mes derniers 20 sols, L'Heritière, Leonide.* En las págs. 92 y 95 hay unas listas de deudas, que reproduzco por su curiosidad: Pág. 92,

Mayo.	Tomé 900 rs	—	300 a la madre
	pagué día 1	—	60
	Ren [?]		40
	Lotería		22
	Refr. 1		
	2		20
	3		
	Teatro 2		4
	id. 9		4

Pág. 95:

Deudas	Abril 1825		
Sánchez	100 rs. pagó	Tengo	
Arroyo	60	340	
Liaño	80	40	
	240	380	
Campana	30		
Tomé 1.000		Garrafas [?], dulces, etc.	16 rs.
A la madre	300	Teatro	16
Abono teatro	120	Nevería	12
Palco	70	Café	12 r.
Lotería	22	Látigo	12 hasta el 18
Cinta	35		
Jabón	20	Para Ferrer	20
Confites, etc.	20	Ramillete	30
Pagué	120	Lotería	40
Tengo	240		118

nal» [4]. *Este manuscrito, que don Marcelino nunca llegó a conocer, modifica tal conclusión. La primera carta está fechada en Bornos el 14 de julio de 1824 y las cinco últimas refieren las vicisitudes del desembarco en Tarifa de don Pedro González Valdés a primeros de agosto del mismo año.*

Don Telesforo nació en Santander en 1799, hijo del comerciante don Juan Trueba, natural de Arredondo, y de doña María Cosío. En setiembre de 1812 marchó a Londres en unión de sus hermanos José María y Vicente, educándose todos en el colegio de San Eduardo, en Old Hall Green. De allí pasó a París donde realizó estudios en la Sorbona [5]. *Cuando en 1820 triunfaron los liberales, Trueba, agregado meritorio a la embajada de España, decidió trasladarse a su patria y el 22 de abril de 1822 vivía ya en Madrid* [6]. *Allí figura como fundador de la Academia del Mirto, creada por don Alberto Lista. Al año siguiente se retiró a Cádiz junto con el gobierno constitucional, al que sirvió con las armas, probablemente formando parte de la Milicia Nacional.*

La rendición de Cádiz en agosto de 1823 inicia el período abso-

---

707		707
947 hasta el 10		805
240		
1.187		
	965	
	400	
	1.365	

Son gastos de un joven a la moda, hijo de familia. Entre los apellidos de los, al parecer deudores, los de Arroyo y Liaño son frecuentes en la Montaña.

[4] Menéndez Pelayo, 110.

[5] La primera fuente de datos biográficos sobre Trueba es un artículo de Eugenio de Ochoa en *El Artista*, I (1835), pp. 254-256, reproducido luego en el *Recreo de las Familias* (México, 1838), pp. 121-123, y en *El Ramillete* (Santander, 1871), 1 de febrero. Hay datos de gran interés en el artículo de Fernando Barreda, *Aportaciones a la biografía de D. Telesforo Trueba y Cosío*, en *BBMP, Homenaje a Artigas*, I (1931), pp. 32-61.

[6] Núñez de Arenas no encontró ningún documento referente a Trueba en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores español. Manuel Núñez de Arenas, *Páginas románticas. Una carta inédita de Trueba y Cosío*, en *L'Espagne des Lumières au Romantisme*, París, 1963, pp. 369-372.

lutista conocido bajo el nombre de la «década ominosa». Para perseguir a los constitucionales comenzaron a funcionar comisiones militares que juzgaban sumarísimamente: muerte, prisión, confiscación de bienes y destierro fueron penas para quienes ocuparon cargos políticos durante el trienio liberal. La nueva Junta secreta de estado, presidida nada menos que por un antiguo inquisidor, determinó abrir expediente a todos los españoles que «por cualquier concepto hubieran servido o mostrado su adhesión al sistema constitucional, y de los que fueran o hubieran sido masones o compradores de bienes nacionales» [7].

La iglesia, que había visto peligrar sus propiedades y derechos bajo el régimen de la libertad, secundó a Fernando VII con entusiasmo, y muchos de sus miembros ocuparon puestos importantes dentro de la restaurada monarquía absoluta. Para extinguir la masonería se encargó a los obispos que, en plazo de tres días, substanciasen las causas surgidas en sus respectivas diócesis; un edicto del ministro Calomarde ordenó celebrar misiones en las iglesias para hacer abjurar a los «extraviados» de sus erróneas ideas [8]. *Recordémoslo; el populacho que arrastraba el coche del rey gritando* ¡Vivan las caenas! *y la gente del campo, tradicionalmente conservadora, cometieron desmanes, dieron satisfacción a venganzas personales e impusieron el terror en toda España. Ocupado por el ejército francés, Cádiz se convirtió en refugio de liberales, llegados allí con idea de emigrar a otros países* [9].

Trueba y Cosío, antiguo combatiente, autor de un soneto a Riego (1820) y de algunas comedias representadas en Cádiz, se retiró a Bornos acompañado de un hermano (¿José María, el poeta?) y de su madre doña María Cosío. La familia debió tener posibles, pues alquiló una casa en la calle de san Jerónimo. En el

---

[7] Francisco Pi y Margall, *Historia de España en el siglo XIX*, II, Barcelona, 1903, pág. 371.

[8] Pi, 377.

[9] *El Restaurador*, diario a cargo de un fraile, insertaba la siguiente noticia: «Desde que el rey ha salido de Cádiz, han entrado ya en aquella plaza cuatrocientos ochenta bribones y bribonas de la negrería. Antes había cerca de 1.000; no se puede andar por aquella ciudad, porque no se ve más que esa canalla». Pi, 372.

epistolario hay referencias a algunas criadas y a un mayordomo que tenían por servidores.

Trueba asistía a misas y sermones. Se mostraba discreto y salía lo menos posible a causa del calor y temeroso también de la incivilidad de los borneses: «Estoy todo el día metido en casa, tumbado a la larga o ensuciando papel; ir al baño y dar un corto paseo al anochecer, he aquí la manera de pasar el tiempo. Para mí, todos los días son iguales» [10]. *La familia permanecería poco tiempo en Bornos, y Trueba expresa más de una vez el vehemente deseo de regresar «a la gloria de Cádiz». El epistolario cesa a mediados de agosto de 1824.*

Una vez en Inglaterra, sus muchas obras le dieron fama como novelista y comediógrafo en lengua inglesa. Volvió a España en 1834 y fue nombrado procurador en Cortes. Intervino en política con entusiasmo pero su mala salud le llevó a establecerse en Francia, donde al parecer murió.

La villa de Bornos, en la provincia de Cádiz, está situada en la falda oriental de la Sierra del Calvario, en la margen derecha del río Guadalete. Tienen fama la salubridad del clima y las aguas termales. En 1846, según Madoz, tenía Bornos 4.826 almas y «725 casas de buena fábrica, al gusto moderno, por lo general de 2 pisos, y muchas con preciosos jardines» [11]. *Por cierto que en la segunda mitad del siglo, Fernán Caballero publicó* Un verano en Bornos, *novela epistolar* [12], *donde unas distinguidas jóvenes madrileñas llegadas a baños, encuentran allí el amor de su vida.*

Bornos es un paraíso por «sus aires puros, sus hermosas aguas y los baños de su río, suaves y tónicos a un tiempo». «Bornos me agrada mucho:» —escribe Primitiva Villalprado, una de las protagonistas de la novela— «es alegre como un cascabel, florido como un jardín, lo riega la sierra con sus aguas con el mis-

---

10 *Cartas Bornesas*, 47.
11 Pascual Madoz, *Diccionario Geográfico*, IV, Madrid, 1846, pág. 412.
12 Terminada probablemente en 1853 e impresa en 1855 o 1858. Cf. J. F. Montesinos, *Fernán Caballero. Ensayo de justificación*, Berkeley y Los Ángeles, 1961, pp. 154 y 156.

mo esmero que tú tus macetas de adelfa» [13]. *La visión de Trueba (1824), muy negativa, contrasta curiosamente con el testimonio de Madoz (1846) y con el entusiasta elogio de la Böhl de Faber (1853). No habría cambiado tanto la villa desde los días del escritor montañés, quien la juzgó a la desfavorable luz de las circunstancias en que hubo de visitarla.*

Restaurado el poder absoluto, los pueblos andaluces, que ya habían dado antes muestras de su conservadurismo [14], *se afianzaron en él, animados por la actitud del gobierno. Los Trueba, gente forastera, venida de Cádiz, despertaron la desconfianza de los vecinos de un lugarón pobre, con tres conventos, donde nunca pasaba nada. El impresionable escritor cuenta del atraso de los borneses, de su miseria, ignorancia y sumisión al poder absoluto de los caciques. Así escribe: «Justicia y franqueza no se conocen por el forro»; y en otro lugar, «En el corto tiempo que he estado en este pueblo, he visto cometer crímenes que horrorizan a la humanidad»; ya en las últimas páginas, exclama: «¡Qué tolerancia es precisa para no saltar al ver lo que está pasando en este pueblo!»* [15]. *Abuso de los que mandan, injusticias del sistema tributario, inmoralidades de los frailes o desmanes de los vecinos hallan en él un crítico implacable y un moralista ingenuo, escandalizado al descubrir cosas hasta entonces no imaginadas. Resulta curioso cómo un hombre de ciudad, educado a la inglesa, se va adaptando insensiblemente al ambiente pueblerino hasta el punto de perder el sueño y los estribos por una alcaldada, por las retóricas intemperancias del vicario, o por los chismes de una clásica vieja.*

En estas cartas queda evidencia tanto de la triste situación social y económica en aquella parte de Andalucía cuanto de la formación enciclopedista de Trueba. Hay en sus quejas un eco de las proferidas por Jovellanos, Meléndez Valdés, Cavanilles y otros «ilustrados», sobre las tierras sin cultivar en manos de mayorazgos o de la iglesia. Los jornaleros, sujetos a tributos diversos y gravosos,

---

[13] Fernán Caballero, *Un verano en Bornos*, Leipzig, 1882, pp. 3 y 8.
[14] Cuando Riego recorrió Andalucía en 1820, tan sólo el pueblo de Grazalema recibió con entusiasmo a los liberales. Cf. Raymond Carr, *Spain 1808-1939*, Oxford, 1966, pág. 128 s.
[15] *Cartas Bornesas*, 12, 19 y 73.

están en tan miserable situación que muchos se hacen bandoleros para remediar su necesidad. El autor echa de ver los perniciosos efectos de la ignorancia y la rutina al tiempo que nota la diferencia de actividad e iniciativa entre los pueblos del norte y los del sur. Le sorprende la triste abulia que le rodea con palabras que parecen tomadas al autor del Informe sobre la ley agraria. *Así escribía Jovellanos en 1796: «¿Cómo es que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten en manera alguna?... En los días más solemnes, en vez de la alegría y bullicio que debieran anunciar el contento de sus moradores, reina en las calles y plazas una perezosa inacción, un triste silencio, que no se pueden advertir sin admiración ni lástima»* [16]. *Trueba, treinta años más tarde, corrobora:*

> ... gente más tosca, más ceñuda, ni más tétrica, no creo exista sobre la faz de la tierra. Todos los semblantes respiran morosidad y la risa está desterrada de su boca, bien que no es extraño no tengan muchas ganas de reirse unos hombres que están ladrando de hambre... Todo respira tristeza y *hastío*. Aquí los días son iguales y se pasó el del patrón del pueblo lo mismo que otro cualquiera [17].

Liberal entusiasta, la derrota de sus ideales y su posición de vencido dentro de territorio enemigo le llevan a extremar la nota de censura, teñida con desencanto: «Nos perdimos y, si volvemos a levantar cabeza, estoy casi por decir que ni siquiera la triste experiencia nos enseñará...»; en otra ocasión, escribe: «La traición tiene grande influjo en España, el dinero puede mucho en unos hombres sumidos en la miseria e inmoralidad» [18]. *Grande debió ser el abatimiento de Trueba al encontrarse, a los veinticinco años, aislado allí donde la cultura brillaba por su ausencia, forzosamente inactivo para no dar qué decir a unos lugareños siempre alerta.*

Estas Cartas Bornesas *tienen el valor de un testimonio de primera mano sobre la vida en la España fernandina. Historiadores y novelistas la han descrito en las ciudades; Trueba presenta*

---

[16] Gaspar Melchor de Jovellanos, *Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España*, B. A. E., XLVI, pág. 491 b.

[17] *Cartas Bornesas*, 21-22.

[18] *Ibid.*, 29 y 51.

el reducido cuadro de un pueblo andaluz donde adquieren mayor relieve los extremismos del momento, entretejidos con la mezquina cicatería local.

Aunque el escritor montañés gustase de entenebrecer la pintura de Bornos, sus quejas no carecían de fundamento. La zona era pobre y aislada; refiriéndose a los caminos, escribe Madoz que no tiene Bornos «sino los indispensables de pueblo a pueblo» y aun éstos en miserable estado; «Desde Jerez hemos recorrido siete leguas por un suelo pedregoso, cortado por profundos barrancos, y atravesando campos despoblados, sin hallar aún ni una venta en qué pedir un vaso de agua» [19]*. La industria local se reducía a algunos molinos harineros y tres de aceite, cinco o seis telares, dos fábricas de jabón blando, seis hornos de pan, «una tienda de paños y 7 de comestibles»* [20]*. La mayoría de los borneses eran gente asalariada, jornaleros sin tierras propias, ocupados en épocas de cosecha o vendimia y parados el resto del año. Impuestos municipales, derechos del clero y ofrendas pías aumentaban su miseria.*

Tanto la inacción como la falta de posibles daban a la gente tiempo libre para ocuparse de la vida privada de sus convecinos: «Los muchachos y, sobre todo, las mujeres, tienen la laudable costumbre de ponerse en las rejas de los vecinos a ver y escuchar lo que pasa dentro» [21]*. Tal desenfado debía ser algo muy propio de aquellas tierras cuando Fernán Caballero da como «costumbre establecida» el entrar sin pedir permiso en casas ajenas, «a uso de Bornos»* [22]*. Abusar y burlarse de los forasteros estaba a la orden del día. Nuestro autor cuenta —y la cosa no deja de tener gracia— cómo aquellos cazurros se reían de verle usar gafas: «Según me han dicho, tener la vista débil es un signo de masonería, como lo son también llevar el pelo largo, vestir de negro y otras cuantas particularidades de esta misma especie»* [23].

---

19 Fernán Caballero, *Un verano...*, 1.
20 Madoz, 412.
21 *Cartas Bornesas*, 87.
22 Fernán Caballero, *Un verano...*, 18 y 101.
23 *Cartas Bornesas*, 16-17. Escosura relata cómo a Ventura de la Vega «le cortaron las melenas en la Puerta del Sol, sentándole en la cuba de un aguador de los de la Mariblanca, y ejecutaron la operación con las enormes tijeras de un esquilador de caballerías; debo añadir que tales

Aun en medio de sus infortunios, Trueba no pierde ni el humor ni la gana de observar, muy agudamente, el mundo que le rodea. Por estas páginas desfilan tipos pintorescos: el enamoradizo fraile jerónimo, los alcaldes de monterilla, el justiciero capellán amonestado por su tía, el vicario del pico de oro, y el tío Surita, una especie de Belarmino *liberal y herborista. Entre anécdotas y sucedidos los hay extraordinarios, como el del presidiario incestuoso, la cena de las ánimas, o los picarescos avatares matrimoniales del senil cuanto amante escribano.*

Esta colorida galería costumbrista, un [illegible] bárbara, queda completa con unas curiosas página[illegible] sobre el bandolerismo andaluz. Por entonces, el orden [illegible]ico era inexistente y el atacar viajeros algo tan co[illegible] que, para recorrer distancias muy cortas era me[illegible]er escolta militar. No sería muy efectivo tal arbitrio cuando, cerca del Puerto de Santa María, en aquel año de 1824, algunos bandidos «desde las tres de la tarde hasta las seis, habían estado robando y [que] ascendían a doscientas personas las que habían sido despojadas de lo que llevaban», de tal manera que «parecía aquel sitio una feria por los coches, calesas y animales de carga que había detenidos». Observa Trueba que estos ladrones no eran profesionales sino gente desesperada y sin trabajo que se echaba al camino para subsistir [24].

De especial interés histórico son las noticias sobre la intentona revolucionaria del coronel don Pedro González Valdés, autor de «la hazaña heroica y absurda de apoderarse de Tarifa» [25] *y otros*

---

sumarias ejecuciones eran en aquellos aciagos días tan frecuentes, que apenas si nadie, como los interesados no fuesen, en ellas la atención fijaba». *Recuerdos Literarios*, Art. IX.

[24] *Ibid.*, 57. Sobre este asunto véanse, Jean Sarrailh, *La España Ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, México, 1957, capítulo I, «La dolorosa existencia de la masa rural», pp. 20-36; y la conocida obra de Julián Zugasti, *El bandolerismo andaluz*, Madrid, 1876, en diez volúmenes.

[25] Pío Baroja, *Los caminos del mundo, Obras Completas* (Madrid, 1947) 331. Los historiadores dan diversas versiones sobre la suerte de los vencidos: «El jefe Valdés y treinta más fueron pasados por las armas en Almería», Madoz, *Diccionario*, XIV, pág. 609; «Los soldados y paisanos cogidos al coronel Valdés eran fusilados a centenares sin piedad ni conmiseración». Modesto Lafuente, *Historia General de España*, XXIX, Madrid, 1866, pp. 379; «Batidos por las tropas realistas, hubo de escapar Valdés... Fusilóse a 36 de los aprehendidos con las armas en la mano», Pi y Margall, *Historia*, II, pág. 381.

puntos de la costa a primeros de agosto de 1824. Al parecer tal desembarco llenó de pánico a los absolutistas de las cercanías, ya que los expedicionarios rechazaron con éxito un primer ataque de los franceses. Según se decía por Cádiz, el jefe de éstos pensó suicidarse de un pistoletazo si no reducía a los alzados, lo que consiguió a poco, cayendo prisioneros muchos y Valdés entre ellos [26]. *Este fracaso y el de otros levantamientos liberales, aumentaban la osadía de los vencedores.*

Las Cartas Bornesas *se escribieron a ratos perdidos, bajo el impulso del hastío, la desesperanza o la ira. En estas líneas de caligrafía irregular, alterada por diversos estados de ánimo, hay vehemencia y juventud. Faltan los detalles y recados de índole familiar o de negocios, referencias a conocidos, etc., propios de una correspondencia verdadera. A poco de comenzar el diario —pues estas epístolas lo son— el autor pasa por alto fechas, fórmulas introductorias y despedidas, aunque siga dirigiéndose al imaginario corresponsal, a quien nunca da otro nombre que el de amigo.*

Estas cartas literarias parecen escritas con vistas a ulterior publicación, destinadas quizá a lectores ingleses. Ello explicaría la tendencia, cuasi costumbrística, a detallar los sucesos de Bornos a la vez que la afición por lo novelesco. Describen el carácter y modo de vivir de los naturales, sus costumbres de ronda y cortejo, celebraciones y bodas. Ya despunta aquí la actitud desdeñosa del escritor, intelectual y ciudadano, ante las clases populares objeto de sus observaciones, actitud típica en los costumbristas españoles posteriores.

El autor quiso reflejar en este pueblo la situación de la España fernandina. El relato tiende a desacreditar al absolutismo. Se ve el resultado de pasión política, de impaciencia juvenil y de clandestinidad forzada por miedo a la represión feroz. Tan vehementes como sinceras, reflejan las inquietudes y tribulaciones de Telesforo

---

[26] *Cartas Bornesas*, 60.

Trueba, uno de nuestros románticos más tempranos. Tienen el valor emocional de un diario *íntimo, amigo siempre fiel en tiempos de adversidad y, lo que es peor aún, de aburrimiento.*

Las Cartas Bornesas *recogen a vuela pluma sucesos e impresiones del momento. Es muy probable que el presente texto sea el primer borrador de una obra sin concluir que nunca vio la luz. Como tal, hay palabras o frases enteras dejadas en blanco en el texto, con la idea de evitar repeticiones o de lograr más tarde mejor efecto literario. Estos blancos, muy frecuentes en las primeras cartas, escasean luego sensiblemente como si el autor estuviera cada vez menos preocupado por la redacción. Para no fatigar a los lectores, he suplido tales lagunas con palabras, a mi entender, requeridas por el sentido del texto, y que van en letra bastardilla. En ciertos casos hay frases sin terminar o de dudoso sentido, que he aclarado añadiendo alguna palabra (en bastardilla), suprimiéndola (entre corchetes), o modificando la puntuación. Como resultado de su estancia en el extranjero, escribe Trueba una prosa en donde hay faltas de concordancia, galicismos y anglicismos, palabras inexistentes en castellano, y otras usadas indebidamente. Tales anomalías se conservan marcando* (sic) *tan sólo aquellos casos que harían pensar en error tipográfico. Asimismo he modernizado ortografía y puntuación, acentos y uso de mayúsculas. Al margen de las páginas se indica la foliación correspondiente en el manuscrito original.*

SALVADOR GARCÍA
University of Michigan

CARTAS BORNESAS

Carta 1.ª

Bornos, Julio, 14, 1824.

En cumplimiento de mi promesa me apresuro a participarte mi llegada a este pueblo, después de haber pasado en el camino el miedo indispensable de ladrones, y de tener molidos los huesos por el traqueteo de la calesa.

Bornos es una villa de mil ochocientos vecinos, está situada en una *altura* cerca del célebre Guadalete, cuyas aguas parecen ser el mayor atractivo del pueblo. Tiene tres conventos: uno de jerónimos, otro de descalzos y el tercero, de monjas [27].

Sus habitantes son gentes exclusivamente dedicadas al campo, o, por mejor decir, a nada, estando una gran parte del año con los brazos cruzados por no tener en qué ocuparse, de lo que nace el *gran* estado de miseria en que se hallan; miseria que sólo puede encontrar creencia en los ojos que la
2 han presenciado. / Esta miseria está *seguida* de su compañera inseparable la ignorancia y ésta, por supuesto, lleva tras de sí a sus dos hermanos predilectos, el fanatismo y la superstición.

De este modo, en las palabras miseria, ignorancia, superstición y fanatismo, está encerrada la historia de Bornos y apenas encontramos un pensamiento, una sola acción de las que van a componer la *materia* de estas cartas, que no deba su origen a una de las cuatro palabras mencionadas, si bien no tiene relaciones con todas ellas.

El vicario, como es de suponer, es el cacique del pueblo y le manda y domina con aquel despotismo propio del eclesiástico que une a un celo indiscreto por la religión, la violen-

---

[27] Las monjas eran clarisas. Cuando escribía Madoz, estos edificios comenzaban a arruinarse a causa de la desamortización.

cia de pasiones iracundas y un odio inextinguible a toda in-
3 novación / que tienda a rasgar el velo a la ignorancia y elevar *a* los hombres a un verdadero conocimiento de sus derechos naturales.

El aspecto de este hombre anuncia su carácter: la frente ceñuda, los ojos *crueles* y, hasta el vestido, todo indica lo que demuestran luego sus discursos.

Lástima que este campeón *de la fe* no hubiera nacido algunos cuantos siglos atrás pues el furibundo Gregorio VII y el *bueno de* Inocencio III hallarían en él uno de sus más acérrimos como también más útiles partidarios.

El alcalde y su hermano, el prior de san Jerónimo, el guardián de san Francisco, el maestro de escuela y un boticario son, después del vicario, los personajes más conspicuos del pueblo, no porque deban serlo, sino porque de hecho lo son, gracias a las opiniones que los ligan tan estrechamente los unos a los otros.

El pueblo es de los serviles más netos que hay en toda la
4 España y para / probarlo basta anunciar que, entre cerca de dos mil almas, sólo se encuentran quince liberales.

En cuanto a lo material de Bornos, no tiene nada de particular pues aunque los alrededores son susceptibles de *mejora*, la miseria de los *habitantes*, unida a su natural indolencia y abandono, permiten que los ojos *no* se recree*n* más que en la pintura de una vasta solitud sin señales de vida.

Todo el alimento de los borneses se reduce a un triste gazpacho, esto es, a un pedazo de pan mojado en un poco de sal, aceite y vinagre, a lo que algunos, por *lujo*, añaden una cabeza de ajo. Con este refresco dentro del cuerpo se pasan los días enteros tomando el sol, cubiertos de unas capas de *tela* negra (los que las tienen), ofreciendo en todas
5 partes el cuadro más lamentable de la / miseria y degradación humana*s*.

Los borneses son generalmente toscos, insensibles a la gratitud, adictos al robo, devorados por la envidia y *fanáticos*, consecuencias naturales de la indigencia que los amaga y de la nebulosa ignorancia en que yacen sumergidos.

No me arriesgara a avanzar estas aserciones si, por desgracia, no tuviera pruebas con que corroborarlas, pruebas que verás en el discurso de mis siguientes cartas.

Adiós. Salud y pesetas.

Carta 2.ª

Bornos, julio 18...

La casa que habitamos pertenece a un padre jerónimo. Éste tiene concedido el producto de su arriendo a su querida que es quien corre con ella. La moza es robusta y bastante bien parecida; el amoroso fraile ya no es niño pero conserva
6 todavía los fuegos / de la juventud. Este bendito sujeto no contento con acumular tantos favores en la persona de su amada, se propuso ainda mais establecerla por medio de un santo matrimonio. ¡Qué caridad! ¡Y luego dirán que no son buenos los frailes! Y ¿quién te parece que escogió para novio? Precisamente un montañés que, como tu sabes, es el *hombre* más delicado en estas materias. Con todo, yo no sé cómo el bendito se lo gobernó pero el casamiento llegó a celebrarse con bastante satisfacción de ambas partes, esto es, del fraile y de la novia, pues en cuanto al montañés, metido en su tienda, no estaba muy al corriente de estas transacciones diplomáticas y se casó por casarse, o qué se yo por qué. Ello es que el día de la boda, cuenta la crónica bornesa que el novio estaba sumamente triste y el fraile muy contento y rozagante, tanto que un gracioso de la tierra
7 dijo que su reveren / cia parecía el novio y que el montañés no era digno de la dicha que le aguardaba.

Refiere también la misma crónica que tres días después de efectuado este virtuoso enlace, el nuevo marido se largó a la Montaña bajo el pretexto de recoger una herencia que lo dejaba un pariente y que desde entonces no se ha vuelto a tener noticia de él. Entretanto que vuelve, el reverendo

no ha desamparado a la novia y continúa dándola repetidas pruebas de su particular estimación.

Amigo, es un contento el dar una vuelta por los barrios bajos (también en Bornos hay distinciones) y presenciar escenas de la naturaleza en la sencillez de su estado primitivo, esto es, el ver una porción de personas de ambos sexos engolfadas en la más inmunda miseria, derramadas por las
8 puertas de las casas, con la única ocupación de burlarse / del infeliz que se atreva a pasar por allí en figura de persona decente. Una grey de muchachos en pelota que se están haciendo mutuamente la guerra con barro e inmundicias (en vez de cáscaras de fruta y tronchos pues esto sirve para comer) suspenden las hostilidades cuando pasa la susodicha persona decente para silbarla y seguirla, llenándola de desvergüenzas. La chiquillería de este pueblo es inmensa y yo estoy por creer que la miseria *y el hambre* son favorables a la propagación, sobre todo cuando están escudadas por un par de conventos.

No hay voces para pintar la grosería y atrevimiento de los borneses. Los muchachos y, sobre todo, las mujeres, tienen la laudable costumbre de ponerse en las rejas de los vecinos y ver y escuchar lo que pasa dentro. En vano trata uno
9 con corteses palabras de suplicarles que / se vayan, en vano piensa uno intimidarlos con amenazas, a todo esto responden con risas y desvergüenzas y gracias *a que* no le escupan a uno a la cara, lo que nos ha sucedido a nosotros más de una vez.

En consecuencia de este espionaje, corre la chismografía por el pueblo que es un portento, de modo que el hombre prudente debe de cerrar la boca aun dentro de su misma casa si no quiere verse envuelto en ridículo o expuesto a veces a *cosas peores*.

Los forasteros, más que nadie, son el blanco de *la burla* y las vejaciones de los borneses; basta que uno sea gaditano y con nota de liberal para que esos cuadrúpedos en figura humana crean que todo les es permitido. Los que venden se juzgan con derecho de exigir de ellos el precio que les da la
10 resalada gana. Esto lo hacen con el mayor / descaro e im-

punidad. A mí me ha sucedido comprar una sandía por dos reales que un bornés había dejado porque el vendedor le pedía por ella seis cuartos. Va uno por una libra de carne y le dan media de hueso y piltrafas. En fin, no hay ley alguna en los que venden pues, como se entienden entre sí, el pobre comprador no gana nada con cambiar y así tiene, mal que le pese, que sufrir estas escandalosas exacciones o pasarse sin lo que intentaba comprar.

Todo esto sucede bajo los ojos de uno mismo y a las reconvenciones que se hacen sólo responden (cuando responden) que si no les gusta que vayan a otra parte.

Lo mismo sucede con el arriendo de las casas, etc. Tienen atrevimiento para pedir la cantidad cuádruple y quíntuple
11 de lo que ganan en el pueblo. Catorce reales nos llevaban /
por la que estaba alquilada en cinco, pero, lo más gracioso, es que una mujer que paga dos reales por toda su casa, nos ha subarrendado por tres una polciga [sic] con ínsulas [sic] de cuadra que tiene la misma casa, de modo que paga su alquiler y gana un real diario. Tal vez dirás que esto sucede en todas partes: muy bien, pero ¿dejará por esto de ser una injusticia? Además que los vicios de una gran ciudad son menos perdonables en un villorio [sic], porque éste no tiene las conveniencias de aquella con que *establecer* la compensación.

Justicia y franqueza no se conocen por el forro. Me preguntarás si hay alcaldes... sí, dos. Pues ¿qué hacen? Vigilar a la conservación de sus varas, estar *a* bien con los del pueblo para que los traten *de manera privilegiada*, hacer la vista gorda, maldecir *a* los herejes liberales que todo lo trastornan
12 y hacer la corte al Sr. vicario. /

Carta 3.ª

Julio, miércoles, 21, 1824.

El alcalde primero es uno de los hombres cuya lógica y modo de pensar más me han gustado entre todos los que he conocido en mi vida.

Pues ¿qué les parece a Vmds.? (decía el otro día a unos cuantos que le escuchaban con la boca abierta) ¿les parece a Vmds. que estas cosas no han de tener su término? Desengañémonos, el pueblo español se ha de cansar por fin de aguantar los crímenes de los liberales. Las consecuencias son fáciles de prever, la inmensa mayoría que quieren orden y la tranquilidad, los amantes del rey, de la religión, se levantarán de su letargo y acabarán con los cuatrocientos mil liberales y quedaremos en paz. He aquí un*a solución* a la turca. Lástima que el primer alcalde no se resuelva a ir a Constantinopla; semejantes sentimientos le harían muy
13 pronto distinguir del sultán y labrarían su fortuna. /

Pero ¿quién le ha dicho al primer alcalde que sólo hay cuatrocientos mil españoles liberales? Si calcula de los demás pueblos por lo que ve en Bornos su cuenta no dejará de estar exacta. Pero ¿quién le ha dicho que todos los españoles son *serviles* (quiero decir, borneses)? ¿Por qué quiere tan mal a su nación que sólo la concede cuatrocientos mil hombres racionales?

¡Ay, amigo! Ya que hemos tocado este punto no será fuera de lugar que te cuente el horror, la abominación que causa a estos miserables el solo nombre de liberal; parece que esa sola voz es expresiva de los vicios más *nefandos* y de todas las abominaciones de que es susceptible el género humano. Y ¿cómo ha de ser de otro modo si les han llenado la cabeza de los más absurdos disparates? Ayer me dijo una criada que tenemos, natural de este pueblo, que en tiempo de la constitución, los liberales cometían unos horrores y
14 unos sacrilegios *que* causaban miedo. /

—Y ¿cuáles son esos horrores y sacrilegios?

—¡Ay, señorito! ¡Si no me atrevo a decirlo!

—Pero ¿por qué? ¿Tan malos eran?

—¡Si dice el Sr. vicario que son peores que todos los herejes! ¡Mire vmd. si el Sr. vicario lo sabrá!

—¡Toma, ya se ve que sí! Pero veamos esos horrores.

—¿Sabe Vmd. donde está el nacimiento?[28]

—Sí.

—¿Ha visto Vmd. una huerta que hay allí junto?

—También.

—Pues en esa huerta se juntaban los liberales, hombres y mujeres, a eso del anochecer.

—¿Y bien?

—Se ponían en cueros.

—Hombre, ¡qué diablura! Se ponían en cueros. Y ¿para qué?

—Hacían una rueda, azotaban a un santo Cristo y luego empezaban a bailar mezclándose unos con otros.

No pude contener la carcajada al oir tan furibundo disparate, pero la reprimí luego porque la criada se puso muy seria y, como hacía poco que la teníamos en casa, temí,
15 con justa / razón, que me denunciase al Sr. vicario. Así me contenté con preguntarla si ella había visto lo que acababa de contar, a lo que respondió que no, pero que era una cosa tan conocida en Bornos que nadie se detenía a dudarlo.

Poco menos que esto le sucedió a mi madre con uno que llamaban el tío Perico y hacía los chociles para los que se querían bañar. Hablando sobre la misma materia, exclamó con mucha gravedad:—«¡Vaya, señora, que lo que los liberales querían era mucha herejía! ¡Sólo permitir que se celebrase una misa en cada pueblo! ¿Cómo podrían oirla todos?» Y luego, aquella *gran* picardía de que las mujeres jóvenes anduviesen en cueros.

De estos ejemplos te podría dar centenares, pero para muestra basta y sobra.

Adiós, y plegue al cielo que entre las desgracias que te tiene preparadas no sea una de ellas el tener que tratar con
16 borneses. /

[28] Fuente de aguas copiosas y saludables a poca distancia de la población.

Carta 4.ª

Amigo mío, ¿qué demonios tendrán de *raro* las gafas, que las mías han causado tan extraña sorpresa en este pueblo? Sin duda, los borneses deben tener todos vistas muy perspicaces cuando se admiran tanto al ver a uno que la tiene corta. ¡Vaya, que las dichosas gafas me dan que hacer! Ya no se contentan con quedárseme mirando con un palmo de boca abierta, se aventuran a reirse y a decirme sus chanzonetas, sino ya con aquella sal que dicen que tienen los andaluces, al menos con su buena dosis de ironía. ¡Es cosa terrible ser corto de vista en un pueblo donde los habitantes tienen muy corta la del entendimiento!

Según me han dicho, tener la vista débil es un signo de masonería, como lo son también llevar el pelo largo, vestir
17 de negro y otras cuantas particu / laridades de esta misma especie. Los pobres majaderos de Bornos o, por mejor decir, aquellos que a la majadería unen la perversidad, han llevado la cosa a tal extremo que uno se halla de repente convertido en fran-masón sin serlo ni haber soñado serlo en la vida. Basta para que le tengan por tal y de consiguiente para que le juzguen como a un monstruo abominable, el que al empezar a andar eche el pie izquierdo ante el derecho o que al saludar coja el sombrero por el lado sin sacarle de la cabeza.

Pero, cambiando de asunto, es preciso te dé la buena noticia *de* que las ánimas benditas tuvieron ayer para cenar dos pollos, una sandía enorme y unos cuantos racimos de uvas. Sí, amigo, el animero (así *se* llama el que anda por la noche recogiendo para las ánimas) llevaba ayer l oque te tengo dicho para ellas.

En este pueblo hay una singular devoción por las ánimas
18 y, en la inteligencia / *de* que en el purgatorio no hay otro alimento más que fuego, los buenos borneses no se olvidan *de* mandar a sus parientes que juzgan en aquel sitio toda suerte de golosinas que están a su alcance, como pollo, fruta, queso, etc., etc. Para hacer estos sacrificios, los miserables

tienen que ayunarlo o, lo que es peor, sisar todo lo que pueden cuando se ofrece la ocasión, pero esto ¿qué importa con tal que se haga una acción tan piadosa y que el señor vicario dice que es de las más meritorias?

El vicario es el ídolo del pueblo. Su voz es la que domina y no hay otra ley, otra *regla* más que su *santa* voluntad. Tiene tan alucinados a estos leños en figura humana, que los miserables, aunque vean palpablemente que *va* contra sus intereses, no hacen reparo alguno y bendicen la mano que
19 los azota. Así debe ser, como bue / nos cristianos. ¡Lástima no lo fueran tanto como en esto en no hacer mal al prójimo, en guardar el séptimo mandamiento y en ejercer la tolerancia y la caridad! Pero esto aquí no se conoce y la religión consiste en ir a misa, rezar la oración, saludar al vicario, someterse a todo lo que él quiere, dar limosna a las ánimas y rogar a Dios por el exterminio de los liberales.

¡Ay, amigo! En el corto tiempo que he estado en este pueblo, he visto cometer crímenes que horrorizan a la humanidad y que parecen incompatibles con la sencillez de los pueblos de campo, que tanto admiran y celebran aquellos que sólo los conocen por las risueñas descripciones de los poetas pastorales, que son los más mentirosos de todos los hijos de Apolo, lo que no es poco decir.

Agur, y Dios te libre de las ficciones del vicario de Bornos
20 que son un poco más perjudiciales que las de los poetas. /

Carta 5.ª

Amigo, tu largo silencio ya empieza a apurar mi paciencia y, si yo no te conociera tan bien como te conozco, creería que te habías vuelto bornés al ver tu *desgana* e ingratitud. Escríbeme por todos los santos del cielo, pues después de tantísimo *disparate* como asedia a mis oídos desde que estoy aquí, tengo necesidad de oir algo que lleve vislumbre de sentido común.

Estos días ha hecho un calor insoportable; los pájaros se caían atontados y dos burros se han ahogado, de modo que

si la canícula tiene tan terrible influencia sobre ese género de animales, estoy temiendo una grande mortandad en este pueblo. Sin embargo, hasta ahora no ha habido más víctimas
21 que las / dos referidas y los borneses continúan lo mismo que siempre, esto es, tostados de modo que su pellejo parece curtido.

Yo, en verdad, no sé en qué hacen consistir la hermosura del clima de la Bética ni qué gusto puede uno experimentar en asarse vivo. También me sorprende mucho la gran reputación que los andaluces se han adquirido por sus agudezas y buen humor. Una de dos, o los tiempos han cambiado, o los borneses son de diferente especie que los demás andaluces, pues gente más tosca, más ceñuda, ni más tétrica, no creo exista sobre la faz de la tierra. Todos sus semblantes respiran morosidad y la risa está desterrada de su boca, bien que no es extraño no tengan muchas ganas de reirse unos hombres que están ladrando de hambre. Con todo, ésta se extien-
22 de aún a aquellos que no están / en una absoluta necesidad, y yo, a la verdad, me admiro al contemplar la eterna y *santa* calma que reina en estos sitios. Todo respira tristeza y *hastío*. Aquí los días son iguales y se pasó el del patrón del pueblo lo mismo que otro cualquiera. Señor, ¿cómo es esto? Yo siempre he visto aun en las aldeas más despreciables, días consagrados al contento y regocijo. ¿Adónde está el tamboril de Vizcaya, la gaita gallega, el rabel y la zambomba de Castilla? La guitarra tan celebrada en Andalucía ¿se ha perdido o es el clima de Bornos perjudicial a sus cuerdas? Hasta los barberos guardan aquí un espantoso silencio ,y cuidado que barberos no faltan, pues sólo en la calle donde vivo, hay cuatro. Pero ¡qué holgazanes! ¡qué circunspectos! ¡Ellos
23 tocar, / ellos reirse, ellos contar chistes! ¡Que ni por pienso! Pues ¿en qué se ocupan? En una profunda meditación tan provechosa como la del buho. El poeta [?] que dijo [?] sin duda tenía noticias de los barberos de Bornos.

Ya te he dicho que la miseria de este pueblo es exorbitante. Ahora debo añadir que todas las hambres, la inmundicia, *la ignorancia* y *la superstición* acumuladas, no equivalen a la suma de lo que hay en Bornos. Imagínate cuáles deben

ser los recursos de una grande población de campo que no tiene más de una legua de término y que aun de esta legua no hay nada que sean bienes propios [29]. Llega el tiempo de la
24 siega y en aquel tiempo los borneses dejan su pueblo / y salen a abrasarse en esas eras todo el día de Dios, a razón de dos reales. Se pasa la siega y vuelven a estar parados hasta san Miguel, y acabada esta, vuelven a sus casas a morir de hambre en el invierno. Como no conocen ningún género de industria, se están con los brazos cruzados en esos meses rigurosos, si bien no salen a tomar por fuerza, en los caminos, aquello que no tienen arte para ganar por medios honrados. Y, ¿son éstas, amigo mío, son éstas las tierras preferibles al norte de España? El gallego, el asturiano y el montañés, que con tanto desprecio son mirados, a fe que poseen otra industria, otra *actividad* y
25 otra *disposición* que los andaluces sus *detractores*. /

Todas aquellas provincias son más pobres que la Andalucía. Yo he estado en algunas de sus aldeas más infelices pero nunca he visto lo que estoy viendo en Bornos. Allí todos trabajan y sacan jugo de las míseras producciones de su país montañoso y poco fértil. Como todos se dedican a sus tareas, reina la buena fe y dejan sus casas abiertas, confiados en la honradez de su vecino. En el invierno unos hacen cestos, otros *tallan la madera* y, en fin, al que no le queda otro recurso, deja su tierra y desciende a las provincias del mediodía a ejercer aquellos ramos de industria y de comercio que la indolencia e inaptitud [sic] de los habitantes no les permiten a éstos ejercer.

Amigo, quizás me cegará el amor que profeso a mi tierra
26 pero, a mi modo de entender, hay una grande diferencia / de aquellos hombres a éstos.

Sobre el artículo de la miseria te podía escribir muchos pliegos pero, por ahora, me parece que basta a darte una idea de ella con lo que llevo dicho.

Que tu nunca conozcas la miseria ni las desastrosas *consecuencias* a que da margen, es el sincero voto de tu amigo.

---

29 También lo advierte así Madoz.

Carta 6.ª

La tía Isabel es una vieja de 72 años que nos trae el agua y hace los mandados en casa. Esta mujer es la quinta esencia de la miseria. Su cara escuálida, sus ojos metidos en dos cuévanos, la falta de dientes, su mucha edad, su *astrosa* desnudez y la *debilidad* que devoran la poca carne que aun queda pegada a aquellos tristes huesos, son propios a despertar la compasión de los más insensibles. Al segundo día que se
27 presentó en casa, el sumo asco que / nos inspiraba, unido a un poco de caridad, nos movió a vestir aquel esqueleto ambulante. El gozo que experimentó al verse en figura humana, no es fácil *de* describir y al principio pensamos que sus demostraciones de gratitud eran sinceras. Después, con motivo de mayores favores que la hemos hecho, hemos tenido ocasión de persuadirnos de cuán infundados eran nuestros pensamientos.

Esta mujer gana un cuarto por cada cántaro de agua, tiene un hijo y una nieta que mantener, diez reales de casa que pagar, conque calcula cuántos cántaros de agua tendrá que echar para subvenir a la prima necesidad del día, el pan.

A las tristes relaciones que esta mujer nos hacía de sus sufrimientos, no dejábamos de admirarnos cómo semejantes personas podían vivir. Después nos hemos *convencido* que la última miseria es el estado que les conviene pues son incapaces de proporcionarse la menor *mejora* ni agradecerla cuando
28 *la reciben.* /

El hijo de esta mujer, después de haber estado sudando en las eras del triste jornal de dos reales diarios, había ahorrado veinticinco, con ánimo de ponerlos a un lado. En esto viene la contribución del consumo, se hacen las cuotas, y los prudentísimos alcaldes cargan veinte reales de contribución a la vieja. En balde trata ésta de expostular, les hace patente su miseria (que ellos conocen tan bien como ella), nada les mueve y los buenos vasallos no deben quejarse aunque les quiten la vida.

Los veinte reales son arrancados al infeliz. *Es* aquel poco dinero que había ahorrado quitándoselo de la boca, aquel dinero que le había costado tanto trabajo ganar.

¿Qué tal? ¿No es ésta una de las dulzuras del régimen absoluto? Los sres. alcaldes, sabiendo que algunos de los
29 pobres vecinos, impelidos del hambre, se negaban a pagar la / contribución, tomaron el expediente de cobrarlo por medio de los que los empleaban, de modo que cuando al fin de la semana iban a pedir su salario, se encontraban con que estaba embargado por la justicia para pagar la contribución [30].

Hubo un poco de descontento pero al momento se calmó. Si lloviesen albardas *se las pondrían*. ¿Qué se puede esperar de estos hombres? ¿Cómo lisonjearse que lleguen jamás a ser liberales? Sufren las vejaciones más exorbitantes, ven, al mismo tiempo que ellos están pereciendo, a esos frailes rollizos señoreándose por el pueblo, ven que a ellos, moscones holgazanes, no les toca ni les tañe la *miseria* general que oprime al pueblo, y lo aguantan; y aguantarían cien mil azotes sobre un burro si el vicario creyese conveniente ordenarlo.

Amigo, desengañémonos. Si a estos hombres no es capaz [sic] de moverlos ni hacerlos abrir los ojos injusticias notorias contra todo derecho humano, ¿cómo es posible que puedan convencerse por teorías y discursos que no están en estado de comprender?

Un remedio nada más había para salvar a la patria, y una mal entendida compasión le hizo abortivo. Nos perdimos y, si volvemos a levantar cabeza, estoy casi por decir que ni siquiera la triste experiencia nos enseñará, y continuaremos en ser tan tontos como siempre, ocupándonos de mil insulsas pequeñeces, de quimeras sobre cuestión de nombres, de intereses mezquinos y de envidias *personales* antes que atender
30 a los males graves del común y a aplicarlos el remedio. /

---

30 Según Madoz, el presupuesto municipal ascendía a 43.000 reales, cubierto con 14.000 que producían los propios y lo demás con impuestos sobre arbitrios de consumo o con repartos vecinales.

Pero, hombre, ¿qué diablos estoy diciendo? En Bornos, y me pongo a políticas. ¡Vaya! Si esta carta la recogiese el bendito vicario ¡qué algazara se armaría en todo el pueblo!

¡Con qué piadosos impulsos de celo y religión se disputarán los *buenos* borneses la gloria de descuartizarme! ¡Qué Te Deum se cantara por un triunfo tan glorioso para la santa religión! ¡La muerte de un hereje!

¡Miserables! ¡Cuán engañados están! ¡Lástima y compasión causa vuestra *ignorancia!* Pero, ¿qué digo? Yo deliro. Cuando el hombre llega a un estado si no inferior, al menos paralelo con el bruto irracional, no merece *piedad* y sus vejaciones son justas como castigo por haber degradado su naturaleza hasta tal punto y escuchado antes las *pasiones* que los im-
31 pulsos de la razón y voluntad con que el hombre nace dotado. /

Adiós, que me voy a pasear pues tengo la cabeza como un tambor. Son las siete de la tarde y es hora de salir a tomar el aire, pues lo demás es salir a tomar el infierno.

No cabe duda que el uso ha corrompido el verdadero nombre de este pueblo, substituyendo una B a la H pues, sus fundadores previamente debieron llamarle Hornos, siguiendo una ley de analogía.

Carta 7.ª

Te voy a contar una anécdota acerca del sr. vicario que me ha llenado de edificación. Amigo, me retracto de mis pasadas *opiniones* sobre este dignísimo varón y ahora veo que, no sin razón, ha merecido el aprecio, el respeto y casi la adoración de los borneses.

Parece que son tres duros los que lleva por cada entierro,
32 y que demuestra / un celo extremado por los derechos de la iglesia. Sucedió que vino a morir un niño, hijo de un vecino tan sumamente pobre que no tenía sesenta reales para alimentar a vivos, cuanto más para enterrar a muertos.

El infeliz metió a su hijo debajo de la capa y una noche,

cuando todo yacía en silencio, se dirigió hacia la triste morada de la muerte. Escarpó [sic] las paredes del horrible cementerio (el de Bornos) y, ayudado de las lóbregas tinieblas de la noche, consignó los *amados* restos de su hijo a la madre común la tierra. Concluído este acto piadoso, el hombre se dirigió a su casa, en la firme inteligencia que estaba engolfado en la sima del secreto.

El hombre contaba sin la huéspeda, pues un vecino le había seguido los pasos y con un celo verdaderamente apostólico, había corrido a dar el soplo. Al día siguiente, el vicario llamó al desdichado padre y después de haberle reprendido
33 su / acción en los términos más ásperos por haber intentado defraudar a la iglesia de sus derechos sagrados, exigió el dinero como si el entierro se hubiera verdaderamente efectuado. ¡Quién no admirará este rasgo heroico de caridad cristiana!

No ha sido menos ejemplar la conducta de otro cura que pasó de Jerez a este pueblo y *que* tiene fama de ser un grande predicador y un sujeto de la mayor honradez y *caridad*.

De todo esto he tenido ocasión de cerciorarme por mí mismo y de confesar que sus méritos excedían, si cabe, a su reputación. En efecto, nos predicó un sermón capaz de convertir a las piedras. En él sacó a colada la caridad cristiana y la inquisición, los diezmos y Jesucristo, la grandeza y *bondad* del *rey nuestro señor* y la *maldad* de los franceses, los albigenses y los masones.

Hizo un elogio desmedido de sto. Domingo, fundador
34 de la inquisición y acérri / mo perseguidor de los albigenses, a quienes caracterizaba de monstruos abortados del infierno que tenían las mismas miras que los modernos liberales [31]. Yo no trataré de mentirle en nada, por no hacer excepción a regla entre los espectadores, pues todos quedaron muy convencidos de los argumentos del cura, salían de la iglesia alabando su piquito de oro. Este mismo sacerdote *llevó a cabo* una hazaña arriesgada que en otra patria le hubiera

[31] La iglesia parroquial estaba bajo la advocación de santo Domingo de Guzmán.

merecido una severa reprimenda y que en Bornos le valió muchísimos elogios.

Pues, señor, a este bendito le precisaba volverse a Jerez, y con este objeto tenía tres o cuatro soldados de escolta a sus órdenes. Quiso señalar su salida de Bornos con una acción gloriosa y añadir a los laureles del orador la palma del guerrero. Por desgracia, se apareció por Bornos un calesero de Jerez
35 que tenía la nota de ser un liberal exaltado. El magnánimo / cura, que le conocía, así que le atisbó, no balanceó [sic] en poner en ejecución su plan. Mandó pues a sus mirmidones que se apoderaran de aquel malvado y, al mismo tiempo, pasó recado al sr. alcalde que se llevara consigo al pobre calesero. El alcalde, hombre recto, justo, humano, y sobre todo, realista, no tuvo dificultad en acceder a su petición, pero hete aquí que se le presentó al buen cura un obstáculo que vencer que no había previsto, y era que su tía le afea su conducta, diciéndole que quién le metía a él a Don Quijote, que atendiese a su ministerio y que dejase la administración de la justicia a aquellos a *los* que les competía. El hombre quiso replicar, pero como la tía se negase absolutamente a salir de Bornos llevando en su compañía al calesero preso, tuvo que cambiar de plan, sin dejar por eso de seguir su primera
36 intención. /

Con este fin mandó un segundo recado al alcalde *diciendo* que motivos imprevistos le obligaban a abandonar la idea de llevarse consigo al calesero liberal, pero que ésto no quitaba que él (el alcalde) le pusiera en la cárcel hasta que se dispusiese otra cosa.

¿Qué te parece que hizo el alcalde? ¡Toma! Lo que debía hacer, encerrar al calesero en una lóbrega prisión. Vamos, confesemos ahora de buena fe, ¿no es esto una delicia? ¿No sería la mayor fortuna que estos casos se repitieran a menudo para que el clero fuese tomando tal incremento en su poder que llegase en fin a mandar, única y despóticamente, en España? Entonces, amigo, tendríamos la dulce esperanza de que volverían a renacer aquellos felices tiempos de la edad media, cuando los papas eran dueños de los cetros y

todo cura se creía con derecho a hacer su regalado gusto
37 / sin que poder ni ley alguna pudiera entrometerse con él por depender sólo de su jefe el papa. ¡O tempora! ¡O mores! ¡Oh tiempo de los moros! Amigo, si no te gusta la traducción, haz tu otra mejor y substituye a la palabra moros la que más te agrade entre brutos y borneses.

Carta 8.ª

«La vertu, le mérite oú vont-ils se cacher?» ¿Sabes quién me ha traído a la memoria este verso? El tío Surita. Y ¿quién es el tío Surita? preguntarás tú. Es un hombre que la naturaleza no sabía lo que estaba haciendo cuando le colocó en Bornos.

Dotado de un espíritu de investigación, de una razón *aguda* y de un entendimiento despejado, a este sujeto sólo le
38 faltaba el haber nacido en otro país que la España para / hacerse distinguir y ganar el aprecio de sus semejantes, pero el desdichado, condenado a vivir en Bornos y luchando con la indigencia, no ha podido salir de*l* estrecho círculo en que su mala suerte le ha puesto.

Este hombre, que cuenta sesenta y ocho años, es zapatero de oficio y liberal por convencimiento. Desde muy joven tuvo singular *gusto* a la lectura y notó que no era fácil *de* satisfacer en Bornos, donde los libros apenas se conocen, a no ser que sean libros de misa y de escuela. Sin embargo, una feliz casualidad le proporcionó por fin el objeto de todos sus deseos. Un hombre erudito vino a establecerse en Bornos por algún tiempo, trajo consigo una biblioteca regular, el tío Surita hizo conocimiento con él y se vio con los cielos abiertos cuando se le brindó a que pasase sus ratos en la referida biblioteca. Aprovechándose de la ocasión, el hombre
39 no salía en todo el día de aquella fuente de instrucción / y aprovechó tan bien el tiempo que, a la salida del dueño de la biblioteca, ya tenía hecho una porción de extractos de aquellas obras que le habían llamado más la atención.

Surita anda siempre solo por los cerros y prados observando la naturaleza y consumiéndose en aquel deseo de ciencia que no puede satisfacer. Tiene una porción de recetas para dolores y conoce las virtudes de una multitud de hierbas.

Suele venir a vernos, su conversación es interesante y emplea en ella unas voces tan escogidas y tiene un modo de expresarse que ninguno le tomaría por un zapatero de Bornos.

Con él nos *entretenemos* en las halagüeñas esperanzas de ver triunfar algún día la razón y la libertad en nuestra desdichada patria y él, en fin, como que conoce el pueblo, nos pone al cabo de todo lo que pasa en él o de las noticias que
40 se corren de afuera. /

El sr. vicario, alcaldes y demás magnates del pueblo, como es de pensar, le tienen sobre ojo, y por eso el pobre hombre anda siempre con mucha reserva en hablarnos por la nota que tenemos de liberales. A propósito de liberales: pasaba uno conocido por tal por una calle de Bornos, a la sazón que un muchacho conducía al río un burro enfermo, viejo, feo, lleno de mataduras; en fin, el burro más infeliz de todos los burros de Bornos. Al mismo tiempo se atraviesa un *jaque* con su capa terciada y su sombrero calañés de medio lado, y en un tono sumamente chusco le dice al muchacho: «Oye, quieres cambiarme ese burro por un liberá?» Echaron una carcajada los dos, el burro rebuznó de alegría al conocer la risa de sus parientes, y el liberal, echando una mirada de desprecio, prosiguió su camino.

Tengo un dolor de cabeza que no me permite extenderme
41 más, con que agur y mandar. /

Carta 9.ª

Acaba de suceder aquí una aventura que a mí me ha llenado de horror pero que este pueblo sencillo, religioso y *servil* ha mirado con la mayor indiferencia. Por la relación que te voy a hacer, verás cómo resplandece*n* la virtud y la

justicia en los inocentes pueblos de campo; la virtud y la justicia que, según dicen, se han ausentado para siempre de las ciudades donde reina sólo la corrupción.

Había en este pueblo un hombre conocido por la *perversidad* de sus costumbres y la ferocidad de su carácter; entre otras buenas acciones que le habían *proporcionado* una muerte ignominiosa, la más conspicua era el asesinato que venía de cometer en la persona de su querida, acto continuo de haberla gozado. La justicia, por humanidad o qué sé yo por qué otro motivo, en vez de mandarlo al otro mundo, se
42 contentó con mandarle a Ceuta. Al cabo de dos años, este / monstruo, cansado del clima de Africa, tomó el expediente de escaparse y volver a su tierra. Así lo hizo y, hete aquí que, cuando nadie lo esperaba, este hombre se presentó en Bornos. Los alcaldes lo saben, le ven y, en vez de apoderarse inmediatamente de su persona, le dejan campar por sus respetos, proporcionando por medio de semejante impunidad armas para proseguir en sus delitos. Tenía este *delincuente* una hermana casada con un vecino pobre pero honrado y que estaba continuamente fuera de casa a cortar leña.

El presidario da en perseguir a su hermana con proposiciones deshonestas y, sea por temor o voluntad, por persuasión o por fuerza, el hombre llegó a satisfacer su pasión brutal con harto sentimiento del marido, que no dejaba de sospechar lo que pasaba. Al fin, las cosas se hacían tan a las claras que el pobre marido, cansado de tanto sufrir, se quejó al alcalde, pero este señor miró *el asunto* como quien mira llover y las
43 *cosas* / continuaron in statu quo.

Como todo cansa en este mundo, mi amoroso presidario se cansó de su hermana y dirigió las miras hacia su sobrina mayor, moza muy joven, rolliza, bien parecida y, por todo estilo, bocado apetecible al paladar de su tío.

Este nuevo incesto acabó de apurar la paciencia del cuñado quien volvió por segunda vez al alcalde, pero teniendo su embajada el mismo éxito que la primera, el infeliz se vio en la precisión de quedarse en casa con perjuicio de sus intereses. Con todo, el cuñado, que siempre estaba aguardando

la ocasión, no cesaba de rondar la casa llegando su insolencia hasta el grado de amenazar al marido.

En esta coyuntura, se veía éste precisado a salir por la noche a cortar leña. El cuñado lo sabe y a eso de las once se dirige al teatro de sus proezas amorosas pero se halla con la
44 puerta cerrada y por más / que jura y perjura, no se abre. El marido, que estaba dentro, contrario a la expectación de su cuñado, cansado por fin, sale a la puerta y le dice que se vaya. A esta demanda, el otro responde con una pedrada. El marido exasperado, coje un palo, le sigue, le da, le atolondra, y sacando una navaja, con un par de heridas le quita con la vida todo deseo lujurioso.

Cometida esta muerte, el hombre se presenta al alcalde, le refiere lo sucedido y, entregando la navaja ensangrentada, exclama que él se había tomado por la mano la *compensación* que la justicia le había negado y que ahora podían disponer de su persona como les diese la gana. Fue inmediatamente puesto en la cárcel y se le está haciendo *juicio*.

Esta tragedia sucedió en la calle ancha inmediata a la de san Jerónimo donde vivimos. Tuve la curiosidad de ver el cadáver que aun en la muerte conservaba el aspecto de
45 ferocidad que le distinguió cuando animado. /

Yo me volví pronto a casa, haciendo reflexiones sobre una serie de crímenes tan enormes y extrañando que el sr. vicario y el otro reverendo predicador que tanto *encono* mostraban contra los liberales, no parasen su atención en *algo* tan digno de ella. Luego supe que el monstruo del presidario era un servil neto. Eso es otra cosa, dije para mi coleto; mientras uno sea amante del trono y del altar y mientras declame y jure exterminio contra todo hereje liberal, poco importa que cometa incestos y asesinatos, que se escape de presidio y que sea el azote y escándalo de la razón y humanidad.

Ahora quiero hacerme a mí mismo una pregunta: ¿Quién tiene la culpa de las desgracias mencionadas? Respuesta: los
46 alcaldes. ¿Por qué? Respuesta: / 1.º Porque conociendo la vida escandalosa de aquel monstruo y sabiendo que había

cometido otros delitos, no le impidieron que cometiese el asesinato de su querida. 2.º Porque una vez cometido, no mandaron al delincuente *a* la horca y se contentaron con condenarle a presidio. 3.º Porque cuando éste se escapó y con tanto escándalo se presentó en su pueblo no se le echó la mano. 4.º Porque se hizo sorda a las justas quejas del marido. Quiero decir que, en resumidas cuentas, la justicia aparece rea de un asesinato, de una porción de incestos, de la muerte del difunto y de las angustias, la prisión y constante miseria de un desdichado.

Amigo, ¡viva la religión, viva el rey absoluto, viva la justicia de Bornos, y mueran los herejes liberales que quieren reinen las leyes y la razón! Estos crímenes *horribles* no se
47 pueden perdonar. /

Carta 10.ª

¿Diversión? ¿Estás loco para hacerme semejante pregunta? ¿En Bornos divertirse? Tan fácil es esto como encontrar constancia en un valenciano y verdad en un andaluz, justicia en los alcaldes de este pueblo o sentido común en su vicario. Si quieres saber cómo paso el día, haz la cuenta que lo mismo que el pobre animal que está dando vueltas en la noria; con esta sola diferencia, que la ocupación de aquél atrae utilidad y que la mía es susceptible de ninguna.

Estoy todo el día metido en casa, tumbado a la larga, o ensuciando papel, ir al baño y dar un corto paseo al anochecer, he aquí la manera de pasar el tiempo. Para mí, todos los días son iguales. La monotonía de esta vida te parecerá incompatible con mi genio y hábitos pero, amigo, estoy per-
48 suadido que el hombre se hace / a todo mientras no le falten las primeras necesidades de la vida. Sin embargo, hay una cosa sola a la cual no puedo ni podré jamás acomodarme; como tú ya sabes a lo que *aludo* no necesito repetirlo [32].

[32] Quizá se refiera aquí a la forzosa separación de cierta «Luisa»

Ayer fuimos con el tío Surita a visitar el fuerte Planelet y sus alrededores, donde se dio en tiempo de la Independencia la acción del Guadalete que el general Ballesteros perdió cuanto estaba ya casi ganada. Del fuerte no han quedado más que unas pilas de piedras, vestigios de sus paredes, pero lo que más me horrorizó fueron los huesos insepultos que se encuentran todavía de los que allí fenecieron. Esto trajo a mi memoria mil recuerdos dolorosos. El nombre de Ballesteros despertó mi indignación y no podía concebir cómo
49 un / hombre que había profesado tanto odio a los franceses pudo después *venderse* [33]. Pero no renovemos ideas capaces sólo de entristecer el ánimo. Gracias a Dios, en Bornos sobran causas para que uno rabie y se entristezca cuanto le dé la gana, sin necesidad de hacer otras fuera del lugar.

El guardián de san Francisco nos hizo ayer su segunda visita; como te puedes imaginar, venía a pedir limosna. Su persona es bastante bien parecida, tiene el genio alegre y fama de ser sumamente galán con el sexo, no pongo el adjetivo bello, porque éste no tiene nada que calificar en Bornos.

No sé si el guardián será exagerado en su servilismo, pero
50 le veo mucho con el vicario, y quien con / lobos anda, etc. Ay, amigo, es un gusto pasar por el campo de san Jerónimo cerca de la puerta del convento al caer la tarde. Todos los gordos y netos están reunidos allí a esa hora; si yo tuviese la gracia de oir con los ojos, ¡qué famosas y edificantes conversaciones te podría referir! pero, amigo, como no tengo ese don, me guío sólo por sus semblantes que no dejan de ser un barómetro político bastante exacto. Hoy los he visto a todos muy cabizbajos y el vicario dicen que se halla muy malo: algo saben que todavía no ha llegado a mis oídos. Ello dirá..., y, entretanto, manda a tu amigo todo lo que

---

residente en París, a quien escribió desde Madrid una carta apasionada. Cf.: Núñez de Arenas, *Una carta inédita...* (APÉND. N. 6).

[33] El 5 de noviembre de 1811 el general Francisco López Ballesteros sorprendió en Bornos al general francés Semelé haciéndole cien prisioneros, aunque luego hubo de replegarse con gran dificultad. Más tarde, Ballesteros se inclinó por el absolutismo y colaboró con las fuerzas del duque de Angulema.

quieras menos el que haga una visita de cumplimiento al alcalde, que diga que me gusta Bornos u otra mentira se-
51 mejante. /

Carta 11.ª

No sin causa han sangrado dos veces al vicario. No sin causa estaban los semblantes de la *compañía* tan mustios y taciturnos. La sorpresa de Tarifa les ha puesto a todos en la mayor confusión. El tío Surita vino a vernos y le faltaba poco al hombre para bailar de gozo. Yo, aunque no dejo de alegrarme por tan fausta noticia, no me abandono a esperanzas sin límites. Es cierto que la posición de Tarifa es ventajosa, pero hasta que veamos secundados los esfuerzos de estos valientes, hasta que el fuego eléctrico cunda por otros puntos de la península, no es preciso recrearse en brillantes ilusiones. La traición tiene grande influjo en España, el dinero puede mucho en unos hombres sumidos en la miseria e inmoralidad. Dios quiera que los patriotas no tengan
52 el desgraciado / fin de Lacy, Porlier, Vidal y Riego. Es de esperar que los ingleses tengan su cuchara en el plato.

Yo estoy en la mayor ansiedad y pienso dar una vuelta por ésa para cerciorarme de lo que pasa, pues en este rincón no se sabe nada de fijo y cada uno pinta la cosa como le da la gana. Es, pues, muy probable que antes de muchos días tenga el gusto de abrazarte.

Acabo de saber que han soltado de la cárcel a un sastre muy liberal y que fue orador de la tribuna de Bornos, pues parece que aquí también la hubo, aunque poco asistida. Este sastre hacía un año que estaba preso, habiéndolo sido por la partida del Vizcaíno, que entró en este pueblo cometiendo todo género de desórdenes, anteriormente a la salida del rey de Cádiz. Este hecho me parece de buen agüero, pues o me engaño mucho, o indica miedo.

Adiós, y Dios te dé vida larga para ver grandes cosas de
53 este siglo. /

Carta 12.ª

Amigo, ¿con qué les han cascado a los franceses en la cabeza? Tanto mejor, pero, ¿por qué no me has dado los pormenores? Tu carta, tan lacónica y abreviada como el entendimiento del alcalde de este pueblo, no ha hecho más que aguzar mi curiosidad en lugar de satisfacerla. Sólo me dices que los franceses pusieron sitio a Tarifa el [?] y que en una salida de *los* nuestros les dieron una buena tunda. ¡Así sea! Hombre, ¿qué dicen a eso los magníficos conquistadores del Trocadero y sti. Petri? Dicen aquí que el general francés en ésa ha jurado tirarse un pistoletazo si no toma en breve a Tarifa. ¡Qué lástima que su juramento no se llegue a cumplir! Aquí hay unos visajes de semana santa que meten
54 miedo. Imagínate tú cómo / estará en la tristeza un pueblo que en los momentos de alegría está más triste que el pueblo más triste del mundo. ¡Si serán los borneses los que han dado a las naciones extranjeras la idea de la gravedad española que tan acreditada se halla en todas partes!

Mañana parto para ésa, pero es sólo por dos o tres días; el apuro que ahora tengo es el no poder llevar escolta, la causa ya tú la sabes. Y dicen que con motivo de la feria del Puerto Santa María andan los ladrones por esos caminos como bandadas de gorriones. ¡Qué delicia! ¡Qué gusto! ¡Vaya, que tenemos una patria maravillosa! Ello es cierto que no tenemos garantía alguna para nuestros bienes, pocos o muchos; ello es cierto también que ni siquiera gozamos de la seguridad individual, pero eso ¿qué importa menos [sic] nos quede un rey que nos azote, un papa que nos excomulgue?
55 Lo que debe ocuparnos / es la vida eterna y para esto el medio seguro es tener mucho cura y fraile y dejarnos uncir a una carreta; lo demás de este mundo es «vanitas vanitatis et omnia vanitas». Vale.

Carta 13.ª

Ya estoy de vuelta en este bendito, benéfico y sapientísimo pueblo, después de haber pasado en el camino un par de sustos que, por fortuna, se quedaron en sustos.

El primer susto fue entre la Isla y Puerto Real. A cierta distancia del portazgo encontramos cuatro hombres a caballo, cuyos semblantes y fachas no nos pronosticaban nada de bueno; sin embargo, pasaron adelante riéndose y dirigiéndonos algunas palabras que no pudimos entender. Esta cosa
56 no dejó de sorprendernos, pero creció / mucho más nuestra sorpresa cuando vimos más arriba dos calesas andando a un paso de caracol; nos acercamos, y los que venían en ellas, todos asustados, nos preguntaron si habíamos sido robados. Respondimos que no.

—«¿No han encontrado Vmds. a cuatro hombres a caballo de estas y estotras señas?»

—«Sí».

—«Pues esos son los ladrones que ayer cometieron el robo escandaloso entre el Puerto y Jerez. Un mozo de un cortijo nos lo ha dicho y nosotros vamos con el mayor cuidado».

¡Sopla! ¡De buena nos hemos escapado! Sin duda están repletos con el botín de ayer y no han querido detenerse a *desvalijar* una calesa que no llevaba absolutamente nada. Con todo, aligeramos el paso y en todo el camino hasta el Puerto no dejábamos de ver un ladrón en cada hombre que se presentaba. ¡Válgame Dios! ¡Y cuántos malos juicios hi-
57 cimos! /

Cuando llegamos al Puerto nos contaron en la posada que el día anterior, desde las tres de la tarde hasta las seis, habían estado robando y que ascendían a doscientas personas las que habían sido despojadas de lo que llevaban. Dormimos en el Puerto y el día siguiente a la madrugada proseguimos nuestro camino. El calesero que nos llevaba era precisamente uno de los que habían sido detenidos al llegar al teatro de *la acción y* no dejamos de sentir un tanto cuanto de pavura.

Decía el calesero que parecía aquel sitio una feria por los coches, calesas y animales de carga que había detenidos. Añadió que los ladrones no hicieron daño a nadie y que parecían gente desesperada por la miseria más bien que por depravidad de corazón. Nosotros en todo el camino estábamos esperando que nos salieran al encuentro. Llegamos a las
58 Mesas, sitio muy crítico, pero no tuvimos novedad. / Sólo nos quedaba el Salado, que es lo más temible de todo el camino. Nos acercamos, y hete aquí que se descuelgan de un cortijo dos hombres armados de estupendos garrotes. ¡Vaya!—dije yo— ya llegó el momento. Estos no son ladrones sino rateros pero, para el caso, es lo mismo. En efecto, mis dos hombres vinieron muy determinados a la calesa y se pusieron uno a cada lado de ella. Como veníamos ya prevenidos no nos cogió de golpe y nos quedamos muy serenos preguntándoles qué querían. Ellos, sin duda, se sobrecogieron de ver que nuestro mayordomo, que venía a caballo, puso mano a las pistolas, pues muy turbados pidieron una limosna. Se les dio y proseguimos para Bornos donde llegamos al medio día. Ya había llegado a los habitantes la noticia de la toma de Tarifa por los franceses, pues observamos sus semblantes más alegres que cuando salimos y nos miraban con cierto aire de satisfacción mezclada de desprecio. También nos dijeron que el vi-
59 cario / estaba enteramente recobrado de su enfermedad.

Me voy a echar sobre la cama y en mi siguiente te daré cuenta de lo que ha pasado últimamente en este pueblo en mi ausencia y que mi hermano acaba de contarnos detalladamente.

Carta 14.ª

Mucho han celebrado los Borneses la toma de Tarifa y mucho han insultado a los que son reputados liberales. La noche del [?] hicieron hogueras, corrieron a un pobre buey cuando debieron ser ellos los corridos. El boticario, que es

el mayor macho servil que he visto en mi vida y cuya majadería no hay en el mundo con qué compararla más que con la gordura de su mujer, que es un tonel de carne y hueso; el boticario, digo, fue uno de los que más se distinguieron
60 en esta ocasión. / Él fue, según nos informó nuestra criada, el que había dado la música. Ahora, adivina cuál fue la música del boticario. Él salió muy desaforado por la calle con un almirez en la mano que hacía soniquetear con grande entusiasmo. Los borneses celebraron mucho la idea y hubo quien gritase que para estas fiestas no había otro como el boticario.

Se dieron vivas al rey y a la religión y a los franceses, y mueras a los liberales, herejes y francmasones. Hubo la conmoción bastante para que mi hermano escondiese mis libros y papeles, pero la cosa no pasó adelante. El vicario también se signalizó [sic] en esta memorable ocasión. Al salir de misa, harangó [sic] al pueblo desde la puerta de la iglesia, sindicó a cierto sujeto conocido por liberal y, en fin, al hombre
61 se le fue la burra, que dijo muchísimo disparate, y / *a* todo esto gritaba que le perdonasen el ardor que su celo por la religión había causado. «Ya es tiempo que os abra los ojos» —exclamaba— «Ya no puedo tolerar más tiempo en silencio los crimes [sic] de los liberales y las tramas que están urdiendo dentro de este pueblo religioso y realista. Sí, hijos míos, el domingo próximo subiré al púlpito y entonces os haré ver todo lo que pasa. Ya no escucharé una mal entendida piedad, y haré que el crimen no permanezca impune por más tiempo».

Todos están esperando este famoso sermón y a nosotros te aseguro que nos da muy mala espina pues pende de la voluntad del sr. vicario el que los borneses nos hagan un flaco servicio. Feliz tú que estás libre de presenciar tanta
62 vileza, degradación e hipocresía. Mil veces feliz / que puedes permanecer *en* ese asilo de la libertad. Ese Cádiz civilizado por el que sólo se le puede permitir que coman pan a los demás pueblos de Andalucía.

Pero, amigo, tú has pasado la epidemia, nosotros, no,

y hasta que todo riesgo se haya pasado, tengo por fuerza que ejercitar mi paciencia en este pueblo que, por desgracia, no existía en tiempo de Job o, de lo contrario, Dios le hubiera puesto en él como el medio más eficaz de acabar con la del santo varón. A lo menos esta ventaja tiene Bornos y yo casi estoy por pensar que éste es el purgatorio pues contiene todos los tormentos que nos pinta la *Escritura:* privaciones (aquí las hay de todo), esperanza (la que tengo de salir de él pronto), fuego (el que le abrasa a uno y que aquí llaman sol). Conque ya me tienes convertido en ání-
63 ma / bendita, esperando con ansiedad el momento de ser rescatado y volver a la gloria de Cádiz.

Carta 15.ª

El sermón que ha predicado esta mañana el vicario es incomparable. Yo *te* aseguro que llegó el momento en que pensé salir de la iglesia, pero el temor de la interpretación que darían a mi salida me hizo permanecer hasta el fin, no sin miedo de que aquellos bárbaros, instigados por su fanatismo, llegasen a acometer alguna tropelía.

El sermón es una obra maestra en su género, por lo tanto he creído conveniente mandarte en un papel separado los apuntes que de él he hecho [34], con algunas consideraciones mías; he procurado acordarme todo lo que he podido hasta de sus expresiones, pero como yo no poseo la taquigrafía, muchas cosas se le han escapado a mi memoria, dignas sin
64 duda de felice recordación. /

Aquí nos pintan lo de Tarifa como la victoria más completa que han ganado los realistas y las tropas aliadas. No hay epíteto degradante y *ofensivo* que no acumulen sobre las cabezas de Valdés y sus desgraciados compañeros. Dicen que la mayor parte han caído prisioneros y que luego recibirán el castigo de su delito. ¡Infelices!

---

[34] No están incluídos en el manuscrito.

Volvamos la hoja. Ya te he dado otra vez ejemplos de lo justa que es la justicia en este pueblo. Acaba de suceder un hecho que viene en confirmación de lo mismo. Había aquí, a tomar los baños, un viejo de Jerez lleno de achaques, y empleado en el ramo de hacienda. Era el hombre más ridículo que se puede imaginar y, para complemento de sus hermosas cualidades físicas, era servil como una loma. Pensó en volver a Jerez *y* mandó a buscar la escolta. Todo esto estaba en razón, pero quién me había de decir que esa escolta
65 que venía para servir a un parti / cular sería un vejamen para el público. Esto sólo podía verse en Bornos.

Sí, amigo, los *buenos* alcaldes alojaron los seis soldados en las casas de seis infelices vecinos que no tenían nada que ver con que el sr. Cagatinta fuese a Jerez o no fuese. A este sr. se le antojó no salir en dos días, y podía haberse quedado un mes puesto que la tropa no le costaba un cuarto en el pueblo.

¿Puede darse mayor arbitrarieda de injusticia? ¿Hay derecho humano para que yo mantenga a los que van a proteger a un particular? Si viniese cargado de alguna comisión en servicio del público, santo y bueno, pero, de otros modos, ¿hay más grande *abuso?* Porque no los mantenía en la posada. Ay, amigo, alguna consideración habrían de guardar los al-
66 caldes con / un servil tan neto, y los vecinos de Bornos debían darlo todo por bien empleado cuando lo que *soportaban* era en obsequio de tal personaje.

Ayer anduvieron corriendo a un ternero por el pueblo, muy engalanado de cintas; habiendo preguntado qué significaba esta *algazara,* me respondieron que se casaba un arriero con una moza de Bornos. Sea enhorabuena. No te puedes figurar qué poca aprensión hay aquí en esto de los casamientos. La miseria no les arredra. Se casan en pelota (digo en pelota porque piden la camisa prestada para casarse) y luego rabian de hambre que es un contento. El modo que tienen aquí de enamorarse es muy singular. No gastan el tiempo en escribirse cartas porque ni saben leer ni escribir ni aun

cuando lo supiesen tienen dinero para gastar en esa tontera.
67 La costumbre es ir a la / puerta de la casa de la Dulcinea bien entrada la noche. El hombre, por el lado de afuera, se tumba a la larga boca abajo. La querida hace lo mismo por dentro y en esta postura tan cómoda como decorosa se quedan patullando las horas enteras por la rendija de la puerta.

Los amantes de mayor categoría, como son los arrieros y hortelanos, suelen dar músicas a sus queridas en las vísperas de algún día de fiesta. Estas músicas se reducen a cantar algunas coplas compuestas por el novio o algún poeta bornés amigo suyo, acompañadas de unas castañuelas y cuando más de una ronca y destemplada vihuela. No puedes imagi-
68 narte la importancia que dan a todo esto los borneses. /

El hijo de la tía Isabel, de quien te tengo ya hablado, se metió también a dar una de estas músicas a una que la llaman la Orejona y que pasa por una de las más feas de Bornos. La familia lo tomó a mal, y al día siguiente, él y uno de los hermanos de la ninfa, tuvieron un desafío a pedradas.

Sin embargo, de todas las bodas que se han celebrado desde que estoy aquí, ninguna ha llamado tanto mi atención como la del escribano. ¡Imagínate tú un hombre de ochenta y cuatro años cumplidos, dulcemente unido a la coyunda de himeneo con una niña de diez y siete! Lo más gracioso es que la tal niña es sobrina suya y que le ha costado un triunfo sacar dispensa del papa, pero ¡qué no puede el dinero! Algunos amigos del escribano y el vicario trataron de disuadirle de una boda tan disparatada, mucho más cuando tenía
69 hijas que podían / ser abuelas de la dichosa novia. *

El amoroso viejo a todas estas observaciones se hizo sordo y se contentó con decir al vicario, una vez que éste le atosigaba demasiado: —«Por Dios, sr. vicario, no quiera Vmd. precipitarme a un desliz. Yo me conozco. No me puedo contener». Por fín se casaron y aun dicen ahora que la novia está embarazada. El estarlo la tiene mucha cuenta o si no cuando se

* La hija mayor tenía cuarenta y seis años cumplidos. (Nota de Trueba.)

muera el vejete tendrá que ir a la calle, conque ya ves tú si la chica cuidará en tener un hijo por fas o por nefas.

Este maldito escribano es el hombre más feo que hay en el pueblo; tiene un ojo vecino inmediato de la cabeza, dos dedos más alto que el otro que habita en el carrillo izquierdo. Apenas puede con las bragas, le tiembla hasta *la voz*, la cabeza está diciendo siempre que no, y arroja más
70 flema / por aquella boca que la que necesito yo para vivir en paz en Bornos.

No puedo concluir esta carta sin contarte un paso que le sucedió a este camastrón y a su dulce mitad. Un día salió la niña a pasear en borricos con el padre fraile jerónimo, rollizo, alegre y decidor. Tomaron el camino de Espera, pueblo inmediato a éste, encargando al escribano no se sobresaltase por su ausencia. Este consintió en todo, bien persuadido que en ninguna compañía podía estar mejor su mujer que en la de un reverendo.

La tarde se pasa, empieza a anochecer, y mis *viajeros* no vuelven. El escribano empieza a perder el sosiego y casi, casi se determina a ir a Espera. En esto, sobreviene una lluvia. No importa; el valiente caballero monta sobre un infeliz caballo, a quien por su edad y achaques había dado su reti-
71 rada, / y sin decir oste ni moste, a pesar de la lluvia y de la noche que se acercaba, se dirige hacia Espera con admirable intrepidez. Dejémos*le* caminar por uno de los peores *senderos* que hay en estas cercanías y trasplantémonos de un golpe a Espera.

Aquí estaba nuestra Dulcinea en compañía del fraile y un capellán amigo de éste, regalándose con una especie de merienda o cena que pagaba el último y soplándose buenos tragos de pajarete. El vino operó maravillosamente, de modo que la algazara fue tan grande que, al apearse el escribano en el pueblo, lo primero que hirieron los oídos del buen hombre fueron las carcajadas de su mujer y sus dignos compañeros.

Estos estaban en la sazón haciendo un excelente panegírico del pobre viejo, y su mujer acababa de brindar a su sa-

72 lud, / cuando hete aquí que la puerta se abre de par en par y mi hombre se les presenta delante, calado de agua y casi exánime por el cansancio y trabajo que había sufrido en el camino. Al ver esta visión, los *reunidos*, lejos de desconcertarse, redoblaron sus bromas y risotadas, dieron un trago al marido para animarle, y se sentaron otra vez a la mesa. Como ya era muy entrada la noche, no se pensó en volver a Bornos, sino en proseguir la gresca y alegría. En seguida se acomodaron como pudieron y se echaron a dormir, los unos *ahitos* del vino y el otro rendido por el cansancio del camino.

Al día siguiente se despidieron del jovial capellán y, mi escribano, su esposa y el bueno del fraile, volvieron a Bornos
73 en grande amor y compaña. / El escribano desde entonces está muy contento, pues observa que su mujer escupe, lo que sin duda atribuye a una preñez.

Carta 16.ª

¡Válgame Dios! ¡Qué tolerancia es precisa para no saltar al ver lo que está pasando en este pueblo! Para que saques jugo a lo que voy a contar será muy oportuno tomar las cosas desde un principio. Has de saber que el estanquero que había aquí y que vivía puerta inmediata a nosotros, estaba cargado de familia. Tenía cuatro hijas de las cuales la mayor, como te tengo dicho, era la querida de un padre jerónimo que era quien protegía la casa. Las otras tres eran solteras, bastante bien parecidas pero hechas unas tontas cuando no tenían sobre qué caerse muertas. El viejo estanquero, sin-
74 tiendo / que se acercaba su última hora, pensó en traspasar el estanco a un hijo que tenía soltero para que fuese cabeza y cuidase de toda la familia. En esto, el viejo llega a sus últimos instantes y cuando ya estaba sacramentado, viene otro hijo que tenía casado y que ejercía el oficio de barbero. Se entra de rondón en casa, se acerca al lecho del moribundo,

y quiere obligarle a que firme un traspaso en su favor. Las hermanas se resisten, el infeliz viejo ve a sus propios hijos disputándose una herencia antes que muriese. El tumulto crece. Al padre, le oímos que se ahogaba y el dolor no le permitía articular palabra. El barbero, llevando al extremo su barbaridad, le grita: —«¡Ajo, viejo de m..., firme Vmd. al momento!» El viejo acaba de morir en la mayor angustia. La hermana maldice a su hermano, éste agarra a su hermana y la quiere ahogar, a los gritos acuden los vecinos, los separan, y el barbero sale de casa echando rayos y centellas. /

Aquí da fin el manuscrito